

Circuitos de lectura públicos para los hombres de ciencia: génesis de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires (La Plata)¹

Public reading circuits for men on science: genesis of the Public Library of the Buenos Aires province (La Plata)

AYELÈN DORTA

(Argentina)

Universidad Nacional de La Plata
ayelendorta@gmail.com

Recibido: 24/08/2019

Aprobado: 15/10/2019

Resumen: El artículo se inscribe en el marco de la Historia del Libro y las Bibliotecas argentinas de fines del siglo XIX y, de modo específico, se propone reconstruir un relato de la historia fundacional de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires asentada en La Plata desde 1884, inmediatamente después de su instauración como “nueva Capital” bonaerense. El período abordado, que inicia en 1884 y abarca hasta 1886, recupera la administración de Francisco Pascacio Moreno. Mediante un análisis de los documentos históricos relativos a su gestión, se procura comprender el montaje de un circuito de lectura público en articulación con los proyectos de ciudad científica que la élite letrada del 80 atribuyó a La Plata tan pronto como se planificó su creación.

Palabras claves: Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires (La Plata), Francisco Pascacio Moreno, historia de las bibliotecas, cultura científica.

¹ El presente trabajo se desarrolla en el marco del Proyecto tetra anual de Investigación y Desarrollo H900 – “Perspectivas en torno a las colecciones: editoriales, bibliotecas y lectorados en Argentina (1800-1955)”, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y dirigido por la Mg. María Eugenia Costa.



Abstract: Article is part of the framework in the History of the Book and Argentine Libraries of the late nineteenth century and, specifically, it is proposed to reconstruct a report of the foundational history of the Public Library of the Buenos Aires province, seated in La Plata since 1884 immediately after its installation as the Buenos Aires “new capital”. The period addressed, which began in 1884 and lasted until 1886, recover the administration from Francisco Pascacio Moreno. Through an analysis of historical documents relating to his efforts, it seeks to understand the assembly of a public reading circuit in articulation with the scientific city projects that the literate elite of the 1980s attributed to La Plata as soon as its creation was planned.

Keywords: Public Library of the Buenos Aires province (La Plata), Francisco Pascacio Moreno, history of the libraries, scientific culture

Introducción

A lo largo de las líneas que siguen procuramos reconstruir aquellos discursos y prácticas que, entre 1884 y 1886, cimentaron las bases de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires instituida en La Plata² como producto de la federalización de Buenos Aires en 1880, la instauración de una “nueva Capital” bonaerense en 1882 y la consecuente nacionalización de la Biblioteca Pública creada a instancias de Mariano Moreno en los albores de nuestra existencia como nación independiente. El recorte temporal escogido abarca desde los procesos involucrados en la creación de la Biblioteca hasta el final de la primera dirección institucional a cargo del naturalista Francisco Pascacio Moreno.

Transcurrían tiempos de modificaciones sustanciales en la historia argentina. Finalizado el mandato de Nicolás Avellaneda (1874-1880) se cumplió un ciclo

² En 1905, siendo Luis Ricardo Fors Director de la Biblioteca, se crea la Universidad Nacional e, inmediatamente después, la Biblioteca Pública, el Museo y el Observatorio que hasta entonces pertenecían a la Provincia pasan a formar parte del nuevo organismo de jurisdicción nacional. Desde entonces la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires cambió su estatuto –y lo mantiene hasta la actualidad– por el de Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata (Palcos: 1934).

instituyente: el Estado nacional era un hecho. Por su parte, la década de 1880 marcó el comienzo de un nuevo período: con Julio Argentino Roca a la cabeza, la élite intelectual y política posteriormente reconocida como Generación del '80 propició numerosas acciones renovadoras, caracterizadas por la búsqueda de lo nuevo, la fe en el progreso y la valoración de la ciencia como indiscutida legitimadora de sus discursos y acciones. Según sus perspectivas, el país era movilizado por un influjo modernizador organizado en torno a los principios de la paz, el progreso y el orden, que cristalizaban en medidas concretas y proyectos diversos (Bruno, 2012; Jitrik, 1968; Sabato, 2012). En materia de bibliotecas, lecturas y lectores el panorama se mostraba prometedor. Veinte años después de iniciadas las campañas oficiales de alfabetización en la década de 1860 y de la consecuente expansión del sistema educativo formal, las transformaciones resultaban tangibles: la capacidad de leer generada por la escuela pública era un dato de la realidad, se presenciaba la emergencia de un nuevo público de lectores y el mercado y los ámbitos de circulación de la palabra impresa experimentaban una propagación y diversificación sin precedentes (Batticuore y Gallo, 2013; Pastormerlo, 2005; Spregelburd, 2012). Inscriptas en estos procesos de ampliación lectora, las bibliotecas –en tanto especialidades material y simbólicamente constituidas– ganaron un protagonismo hasta el momento inusitado: gradualmente se instalaron en el imaginario social y, también, comenzaron a ser contempladas por las políticas gubernamentales (Planas y Dorta, 2019).

Nos interesa, en función del objeto de estudio abordado, la relación fraguada por entonces entre bibliotecas y Estado. Al respecto, el mapa de la lectura en Argentina entre 1880 y 1910 trazado por Adolfo Prieto (2006 [1988]) resulta esencial para comprender la orientación de las decisiones oficiales frente a la novedosa coyuntura –y los subsiguientes conflictos, dificultades y oportunidades suscitados– que posibilitó la convergencia, en un mismo tiempo y escenario, de los espacios de la cultura letrada y popular en posesión de la palabra escrita como instrumento de simbolización. En este sentido, la bibliografía disponible permite detectar dos intereses capitales que organizaron la agenda pública en relación al campo bibliotecario: de un lado, los trabajos de Graciela Batticuore (2010) y Javier Planas (2015, 2017) subrayan el interés gubernamental por regular –entre el nuevo conjunto de alfabetizados– qué se leía, cuáles eran los actores idóneos para la lectura y cuáles

los espacios lectores apropiados que se debían fomentar y que fue traducido, en los casos abordados por los autores, en programas y políticas desplegados en el ámbito de las bibliotecas de instituciones educativas y bibliotecas populares; de otro, se elaboraba una concepción de los espacios bibliotecarios públicos (creados por iniciativa del Estado y sustentados con sus fondos) que oscilaba entre su manifestación simbólica como iluminación y su funcionalidad como instrumento para la reproducción de una cultura científica entre una minoría privilegiada, tal como se infiere de los estudios realizados por Alejandro Parada (2009), Horacio González (2010), Paula Bruno (2018) y Pablo Buchbinder (2018) sobre nuestra primera Biblioteca Pública y actual Biblioteca Nacional. El sentido atribuido a esta última, sin embargo, había sido recientemente interpelado por personajes destacados como Domingo Faustino Sarmiento para quien las modificaciones fundamentales observadas hacia fines del siglo XIX en el campo de la lectura cuestionaban la validez y utilidad de un modelo bibliotecario cuyos orígenes se remontaban a 1810: una institución como la Biblioteca Pública, a su juicio, debía superar la tradición imperante y atender a las necesidades de lectura de toda la población (Planas, 2017).

Heredera incuestionable de aquel modelo bibliotecario, pero también de las postreras discusiones producidas en torno a las funciones y valores que clásicamente le eran asignados, la nueva Biblioteca bonaerense fundada en La Plata pudo ser un espacio donde resignificar el sentido de “biblioteca pública”. Máximo Ezequiel Farro (2008, 2009) y Carlos Federico González Pérez (2012) recuperan el contexto de su creación: señalan que durante el período inaugural Biblioteca Pública y Museo General debieron funcionar juntos y, que –a la par de a otras instituciones– surgieron en relación directa al interés principal por el desarrollo del país, la construcción de una identidad nacional y la concepción de progreso que marcó el período de entre siglos XIX y XX. No obstante, al ser su objeto de análisis el Museo, los investigadores no ponen el foco de atención en los procesos involucrados en la configuración inicial y puesta en acto de la Biblioteca. Quienes sí repararon de modo directo en la historia de esta última son Alberto Palcos (1934) y Amelia Aguado (1984, 2006). Ambos en su calidad de directivos y para fechas conmemorativas narraron en apretada síntesis los hechos más relevantes del espacio desde su fundación en 1884 hasta el cincuentenario y el centenario, respectivamente. También Carlos Llovet (1967), por largo tiempo trabajador de la Biblioteca, aporta

valiosas descripciones y, lo que resulta especialmente valioso, algunas informaciones inéditas que fueron seleccionadas de documentos oficiales y administrativos de época. Por su parte, Ricardo Levene (1934), Sara Alí Jafella (1963), María Ángeles Sabor Riera (1974) y miembros de la Radio Universidad de la UNLP (1984) ensayaron, asimismo, un relato histórico sobre la Biblioteca Pública de La Plata; pero todos se basan en las constataciones de Palcos y, cuando corresponde, añaden algún dato sobre los años posteriores a 1934. De esta manera, si bien las contribuciones existentes permiten conocer a grandes rasgos el recorrido institucional, resultan insuficientes para alcanzar una comprensión más vasta e integral de cualquier período de su historia.

En lo que refiere al momento de constitución y desarrollo que cimentó sus bases, entendemos que es necesario un nuevo ejercicio heurístico inscripto en las líneas de debate trazadas por Roger Chartier (1993, 2005 [1988]) y Robert Darnton (1993, 1998 [1984], 2003, 2010) que retome e interprete los discursos y prácticas que dieron forma al espacio bibliotecario de lectura en su correspondiente relación con los acontecimientos sociales, culturales y políticos que los impregnaron. En este sentido y, a partir del análisis de una serie de fuentes primarias descartadas por la bibliografía citada más arriba, procuramos elaborar una primera comprensión del proyecto bibliotecario que la élite dirigente del '80, representada en este caso por la gestión de Francisco Pascacio Moreno (1884-1886), se propuso desarrollar en La Plata con la creación de la nueva Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires.

La Biblioteca Pública integrada al proyecto de ciudad científica

Fue el 19 de septiembre de 1884 que, por decreto del Gobernador D'Amico y su ministro Achával, se consumó la fundación de una nueva Biblioteca Pública para la Provincia (Decreto de Nacionalización de la Biblioteca y el Museo de Buenos Aires en Llovet: 1967; UNLP: 1934). Desde la federalización de la Capital bonaerense en 1880 los gobiernos nacional y provincial se hallaban ocupados en el reordenamiento de sus administraciones, lo que originó un singular movimiento de pasajes jurisdiccionales y la conformación de nuevas instituciones. Distintas

dependencias provinciales pasaron a Nación y fueron sustituidas por otras nuevas emplazadas en la Capital en desarrollo. Tal el caso de la Biblioteca Pública que, al modificar su estatuto por el de Biblioteca Nacional (el cual conserva en el presente), tuvo que ser reemplazada por una nueva de jurisdicción provincial (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados: 1885, 1886; Provincia de Buenos Aires. Senado: 1885).

Su origen y devenir primario estuvieron adscriptos al proyecto de formación de una cultura científica –entendida, recuperando a Oscar Terán, como el “conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia [en tanto] dada de legitimidad de sus propias argumentaciones” (2000: 9)– que la élite letrada del ‘80 pretendió promover en la “nueva Capital” desde el momento inaugural. La pérdida para la Reina del Plata había sido grande en términos materiales y simbólicos: Buenos Aires, señaló Dardo Rocha, “hizo un nuevo sacrificio a la nacionalidad argentina, el más costoso sin duda: cedió la gran ciudad que había dado su nombre á la Provincia, que la había civilizado, que era su mayor orgullo, su centro político y administrativo y su nucleo mas ilustrado y poderoso de opinión” (en Salvadores, 1932 [1882]: 466). Urgía una reparación y las ilusiones del momento no concebían obstáculos para su pronta materialización en La Plata. El día de la fundación los discursos pronunciados impregnaron el ambiente de confianza en el porvenir: “lo sabeis: aquí van a construirse los grandes edificios públicos, á residir las autoridades, á desarrollarse la administración, las leyes, la justicia” y, continuaba Victorino de la Plaza en representación del Ejecutivo nacional, “aquí debe, pues, confluir el movimiento, la acción, la vida, no sólo de medio millón de habitantes que componen la Provincia de Buenos Aires, sino de todos los que vengán á buscar felicidad en su suelo hospitalario, en la generación presente y en las que sucedan en el curso del tiempo” (en Salvadores, 1932 [1882]: 469-470). Pero convertir las desérticas Lomas de Ensenada en una metrópoli que contuviese todos los avances de la ciencia y la arquitectura característicos de las más portentosas urbes decimonónicas, exigía mucho más que el trazado de planos y el levantamiento de suntuosos edificios: supuso organizar espacialidades, idear y ejecutar numerosas políticas gubernamentales que permitieran, gradualmente, la construcción de un entramado institucional y social científico-letrado y autónomo de la Capital Federal.

Primero se organizó el traslado de una importante cantidad de inmigrantes europeos –principalmente italianos del norte en situación de extrema pobreza y urgidos por hallar medio de vida– para, con su mano de obra, hacer posible el programa edilicio. Luego, una vez avanzada la construcción, se buscó fomentar el desplazamiento de porteños pertenecientes a sectores altos y mesocráticos a fin de que se desempeñaran como los empleados públicos, funcionarios e intelectuales con quienes conformar la base social deseable de una ciudad moderna y a quienes, en el contexto del esquema político de gobernabilidad, correspondería encauzar en el influjo civilizador a los grandes contingentes de inmigrantes (Terán, 2004; Bonafina, 2014; Vallejo, 2015). Sin embargo, seducir a estos últimos fue uno de los desafíos más significativos para la consecución del plan delineado y, al mismo tiempo, una condición necesaria para el montaje de cualquier capital de provincia. No alcanzó con la sanción de la Ley de Residencia que obligaba a los trabajadores de la administración pública a establecer sus domicilios en La Plata, puesto que fue burlada por la gran mayoría (Salvadores, 1932: LVIII); tampoco las promesas de grandeza imaginativamente anticipada resultaban –desde luego– suficientes para que las familias porteñas de estratos socioeconómicos favorecidos resignaran la comodidad y los privilegios de su enclave a fin de aventurar en territorio platense (Palcos, 1934). En virtud de ello, como constataron las investigaciones de Gustavo Vallejo (2007) y Osvaldo Graciano (2013), la rápida instalación y puesta en funcionamiento del entramado de instituciones científicas y culturales desempeñó –al menos desde el esquema de comprensión defendido por los hombres de la Generación del '80– una función central para la consumación del ideario científico. Al juzgar que, como contrapartida de su asentamiento, la propagación de la cultura científica se haría prontamente tangible en la “nueva Capital” cautivando, asimismo, el interés de estudiosos porteños de diferentes sectores para participar del fenómeno en ciernes, la élite dirigente manifestó desde el comienzo una clara preocupación por poner en pie el aparato institucional. Con un rol protagónico en esta coyuntura, la Biblioteca Pública, considerada uno de los tres pilares del pensamiento ilustrado finisecular –junto al Museo General y el Observatorio Astronómico– (Vallejo, 2007), estuvo contemplada en el proyecto de obras aun antes que el levantamiento de la ciudad se pusiera en marcha. Así, en la misma semana de su nombramiento, el Gobernador Dardo Rocha había encargado a miembros del

Departamento de Ingenieros que sin demora proyectaran varios planos para la conformación de una nueva ciudad y, junto con ellos, los planos y presupuestos para los edificios de “Museo, Biblioteca, Archivo General (...), Observatorio Astronómico” (en Salvadores, 1932 [1881]: L), entre otras tantas dependencias públicas esenciales para movilizar una urbe.

La administración de Francisco Pascacio Moreno

En efecto, junto a la instalación de los poderes públicos, la Biblioteca fue una de las primeras dependencias estatales de La Plata en ver su origen (Bonafina, 2014; UNLP: 1934). No obstante, por razones de escasez presupuestaria, no pudo contar en sus inicios con el espacio físico propio que se había proyectado construirle dentro del eje monumental (puntualmente, en la manzana situada entre las avenidas 51 y 53 a la altura de las calles 9 y 10). En su lugar, como señalamos líneas arriba, tuvo que comenzar la vida administrativa “hasta nueva resolución” (UNLP, 1934: 380) como dependencia del Museo General en las oficinas de otro edificio localizado en el casco urbano: el Banco Hipotecario de la Provincia de Buenos Aires (Vallejo, 2007). A cargo de ambas fue designado uno de los tres miembros de la comisión provincial que pactó la entrega al poder nacional del Museo, la Biblioteca y el Archivo pertenecientes a Buenos Aires antes de su declaración como Capital de la Republica (Groussac, 1901).

Francisco Pascacio Moreno, el director nombrado, había consagrado su vida a las ciencias naturales, especialmente a la antropología. El suceso de la federalización lo encontró al frente de la gestión del Museo Antropológico y, al decidirse su traslado y refundación en la “nueva Capital” como Museo General, debió aceptar mudarse también y emprender la intrincada comisión de volverlo tan prestigioso como el que dirigía en Buenos Aires (Farro, 2008 y 2009; Ricciardi, 2009). Plenamente involucrado en esa labor y en medio del desconcierto que implicó tener que asumir la responsabilidad de la Biblioteca Pública –un proyecto ajeno a sus intereses y experticia profesional–, el naturalista no centró sus esfuerzos en el adelanto de esta última. Ocurrió con ella lo que de manera corriente sucedía en el resto de establecimientos oficiales: su curso inicial estuvo sujeto a la voluntad individual del director de turno (González Pérez, 2012). Como es de advertir, y de hecho fue

señalado a su momento por las autoridades públicas, ello redundó en que el desarrollo original de la Biblioteca fuese “lento” (Ministerio de Gobierno, 1885). A tal grado lo fue que, finalizado este primer período administrativo, el nuevo director se lamentó de encontrar la institución “huérfana por completo de todo rastro o sombra de organización que pudiera servir de base para tener conocimiento siquiera aproximado de las estanterías y clasificaciones de libros” e, incluso, aseveró en relación a su antecesor que no hizo más que “conservar el muy escaso material” sin siquiera proveerle una disposición ni orden adecuados (Belín Sarmiento en Llovet, 1967: 9, 31). De cualquier manera, tanto el tímido accionar de Moreno como el aparato discursivo que se desplegó con ocasión de la formación de la Biblioteca permiten reconstruir la escenificación inicial de que fue objeto este espacio en tanto construcción política, social y cultural directamente funcional a las aspiraciones del Estado en su calidad de agente normativo encargado de promover ciertos modelos de lectura.

Su sustancia fue comprendida en el mismo sentido que la propuesta bibliotecológica que, al menos, desde la década de 1870 definía a la primera Biblioteca Pública de Buenos Aires. De modo explícito los discursos situaron a ésta como modelo directo: “así lo presagió la Junta de 1810 y su vaticinio se cumplió (...), así sucederá en La Plata, si recordando siempre que no solo de pan vive el hombre, velamos con empeño por la conservación y adelanto de tan benéfica institución”, se declaró entre los cuerpos legislativos que, al deliberar sobre el futuro próximo de la flamante Biblioteca provincial, destacaron el ejemplo de su antecesora como uno de los “elementos principales de [la] mayor ilustración y progreso” de la Argentina en tanto “nación civilizada” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887: 147). Ello implicaba, como nos ayuda a comprender Buchbinder (2018) al analizar la gestión de Vicente Quesada (1871-1877/79), conformar un espacio de sociabilidad pública para letrados al margen de los tradicionales ámbitos privados e informales a los que –ante la debilidad estatal para constituir reparticiones que conservaran, administraran y facilitarán la consulta a acervos bibliográficos de envergadura– debían acudir a fin de hacer posible la circulación de los libros y documentos necesarios para sus estudios e investigaciones. Incidir de esta manera en la expansión y consolidación de una auténtica cultura científica y, con ella, en el progreso cultural de la nación, suponía habilitar valiosas colecciones científicas en

bibliotecas cuya función principal estuviese más ligada a la guarda y conservación del material que, por supuesto, a su difusión (Quesada, 1875; Groussac, 1901; Parada, 2012).

Precisamente eso fue lo que la élite dirigente procuró concertar en La Plata con la apertura de la Biblioteca Pública: reunir y custodiar un significativo caudal de obras morales, formativas, eruditas, bibliófilas y, a la vez, multidisciplinares con las cuales “satisfacer las necesidades de investigación á que establecimientos de esta clase están destinados” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887: 146). Establecimientos que eran concebidos, desde su perspectiva, como “archivos del pensamiento humano, como los templos, como los museos (...): los signos que revelan la ilustración de los pueblos” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887: 147). Pero que, al mismo tiempo, debían fungir como herramientas “de consulta y de enseñanza á los que mandan y á los que obedecen, á los que saben y á los que estudian” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887: 147). Esta incorporación enunciativa de un público no necesariamente erudito como destinatario plausible de los servicios ofrecidos por una Biblioteca Pública representaba, sin dudas, una novedad. Quizá fueron resonancias de aquella discusión abierta por Sarmiento en relación a las funciones atribuidas a la anterior Biblioteca provincial las que, esta vez, reponían y traducían los hombres del '80 en un nuevo esquema interpretativo que sugería como competencia de la Biblioteca Pública acercar el libro al sector popular. El propósito, sin embargo, no era ya la democratización del acceso a la palabra escrita que preocupaba al sanjuanino, sino “educar al pueblo”, contribuir a su formación pedagógica, en el entendimiento de que “uno de los medios más eficaces para el desarrollo de esa educación es el fomento de la biblioteca pública y su organización conveniente en biblioteca popular” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887: 147). Moreno inclusive elucubraba la posibilidad de destinar una sección del fondo “al servicio de una biblioteca popular que prestase al vecindario de la capital los beneficios inmensos que producen estos establecimientos” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887: 147), empero ninguna de sus decisiones administrativas –como veremos– recuperó esa voluntad.

Conformar una colección acorde a los objetivos perseguidos, junto a proveerle una organización física y clasificación apropiadas, se presentaban como las exi-

gencias inmediatas para poner en funcionamiento la Biblioteca. A diferencia del Museo General, que inició actividades con la base del mismo personal, el mismo acervo bibliográfico y demás inmuebles del Museo Antropológico al cual sustituyó, la Biblioteca Pública tuvo que hacerlo desde la absoluta carencia de material, pues todas sus pertenencias habían sido cedidas al poder nacional (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados: 1885, 1886; Provincia de Buenos Aires: 1885). Plenamente entregado al arreglo del Museo, sin embargo, Moreno no sistematizó ninguna política de adquisiciones que regulara la incorporación de obras a la Biblioteca. Así, los ingresos, por donación o compra, respondieron más a situaciones fortuitas que a los lineamientos de un programa institucional.

Acaso por el interés personal en ligar el propio nombre o el de la familia a una causa insigne como la conformación de una biblioteca, acaso por la convicción de que era necesaria la existencia de espacios colectivos de gestión estatal para el uso del universo impreso (Parada, 2012; Barbier, 2015), lo concreto es que la Biblioteca Pública dispuso de sus primeras colecciones gracias al mecenazgo de distintas instituciones y hombres de élite que concedieron volúmenes de sus acervos. En el mismo año de la instauración el Dr. Valentín Curuchet legó “unos lotes de obras literarias escogidas, entre ellas, las de Víctor Hugo” (Palcos, 1934: 6), también Juan Manuel Ortiz de Rozas (senador provincial) y Mauricio Mayer (funcionario público y comerciante) realizaron sus respectivas donaciones, aunque sobre estas no poseemos mayor información (Ministerio de Gobierno, 1885; Farro, 2008). Moreno mismo ofreció su colección personal de 2.000 ejemplares “para que sirva de base” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 12, Exp. 11190/0) a la Biblioteca Pública, pero no puede incluirse como parte del fondo inaugural puesto que, al trasladarse en 1886 el Museo, todo el material fue igualmente desplazado para integrar el fondo de su propia biblioteca (Moreno, 1888; 1891). La Biblioteca de San Fernando colaboró con una cantidad significativa de materiales; el Archivo del Ministerio de Gobierno remitió diversos libros “en calidad de depósito que por el espacio que ocupan y el desorden en que se hallan, hacen difícil el arreglo de [sus] expedientes y demás pertenencias” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 12, Exp. 1123/1) y, también, se recibieron de parte de Juan B. Sosa y Manuel Ricardo Trelles una serie de cuadros que, no obstante, tenían como futuro destino las salas de un Museo de Bellas Artes provincial aún no abierto (Ministerio de Obras Públicas, 1886).

Sumado al aporte particular a través de donaciones, era indispensable aumentar el fondo por la acción intencionada de la propia organización. Si bien no enmarcadas en un proyecto bibliotecario definido, se registran valiosas compras para este período. La inaugural, efectuada en el mismo año 1884, fue de “algunos libros y muchas revistas europeas que marcan el movimiento del pensamiento en la tierra” (Ministerio de Gobierno, 1885: 209). Ese mismo año el bibliógrafo Antonio Zinny ofreció a 12.000 pesos m/n un repertorio de 675 títulos de periódicos publicados en Argentina y otros tantos de las demás naciones sudamericanas que, al hallarse incompletos, fueron acompañados de otras 153 publicaciones raras. Moreno consideró que se trataba de una colección única en su especie y por ello, pese a las limitaciones económicas, resolvió incorporarla al caudal de la Biblioteca, aunque la transacción se concretó para el año 1885 (Ministerio de Gobierno, 1885; Palcos, 1934; Aguado, 1984). Al poco tiempo, se le encargó al mismo Zinny recorrer de norte a sur el territorio nacional con propósito de reunir por compra, canje o donación la mayor cantidad posible de obras concernientes a nuestra historia local y la americana en general. El conjunto recabado, que publicó más tarde el compilador en su *Catálogo general razonado de las obras adquiridas en las Provincias argentinas*, estaba compuesto por más de 3.000 piezas: 70 colecciones de periódicos, 1.400 publicaciones exclusivamente argentinas y una importante cantidad de diversas obras americanas (Palcos, 1934; Aguado, 1984). Su costo para la Provincia fue de 20.000 pesos m/n, que no se abonaron en su totalidad sino hasta 1888 tras varios reclamos cursados por el propio Zinny (Gonnet, 1888; Senado de la Provincia de Buenos Aires, 1888). Finalmente, el ex Presidente Avellaneda solicitó antes de viajar a Europa la tasación de los 5.600 ejemplares que integraban su biblioteca personal, entre los cuales prevalecían libros de autores españoles del Romanticismo, obras de derecho y publicaciones oficiales recibidas durante su mandato. Nuevamente, por el valor bibliofílico que el director de la Biblioteca observó en este acervo, autorizó la compra en 9.500 pesos m/n (Palcos, 1934; Aguado, 1984). Fue la última inversión en material de lectura que se registra durante su gestión. Pese a que Farro apunta para 1886 la existencia de un plan de adquisiciones que sugería la compra de “obras de consulta para las materias de ciencias políticas, literatura, historia general antigua y contemporánea y, sobre todo, libros de ciencia práctica” (2008: 327), no localizamos asiento de ninguna operación reali-

zada ese año, ni en los archivos del ramo, ni en el detalle de los volúmenes incorporados hasta 1887 que se publicó a manera de balance en las Memorias institucionales (Belín Sarmiento, 1888). Sería enriquecedor para la historia que procuramos recuperar disponer de listados completos o aproximados de los títulos que compusieron este fondo inaugural, dato posiblemente registrado en los libros copiadores que entre 1884-1886 compartieron Museo y Biblioteca y que, en el presente, son resguardados por el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Nuestro pedido de acceder a ellos, sin embargo, fue en su momento denegado.

La ausencia de ese detalle, con todo, no impide una confirmación general: la integridad del material adquirido, colecciones seleccionadas por ser de carácter excepcional, ejemplares únicos, obras fuera de circulación en el mercado y/o de difícil acceso para los particulares, respondió a los intereses de una minoría intelectual, especialmente investigadores abocados al desarrollo científico nacional. Esta sola constatación vasta para descartar la concreción de un proyecto bibliotecario que representara algún aporte en la cuestión de facilitar la difusión y el acceso a la palabra escrita entre el sector popular. Todavía más, la totalidad del fondo que se logró reunir en el trayecto de estos años permaneció como un simple depósito de material bibliográfico en completo desorden, sin un mobiliario adecuado en que localizarlo y no habilitado para su consulta por el público; con lo cual se descarta también la materialización del propósito de la clase dirigente de devolver a la “nueva Capital” el espacio bibliotecario perdido, pues no hubo formación de circuito de lectura alguno (Ministerio de Gobierno, 1885).

Que estas hayan sido las circunstancias originales para la Biblioteca se entiende si volvemos sobre el contexto de su instauración: a la par del Museo General, y como dependencia temporal de éste, tuvo que iniciar su desarrollo en manos de un consagrado naturalista. Esta circunstancia repercutió, como era previsible, en la atención y los recursos que le fueron destinados. Al organizar el plantel de trabajadores, Moreno encargó el arreglo de la Biblioteca a uno solo, el inspector bibliotecario, quien además sería responsable de “ayudar al Director en sus trabajos de publicación” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 11, Exp. 1063); mientras que, para el trabajo específico en el Museo, asignó seis cargos, que en 1886 pasaron a ser ocho (Provincia de Buenos Aires. Senado: 1884; AHPBA, MG, 1885, Leg. 10, Exp. 695/0). Por su parte, el reparto de los fondos pecuniarios para el adelanto de una y otra,

también fue desigual. En los años 1884 y 1885 el Museo dispuso de 620 pesos m/n por única vez para la instalación de su laboratorio y otros 300 pesos m/n mensuales para gastos generales y la creación de su propia biblioteca; en tanto, la Biblioteca Pública no recibió siquiera los 120.000 m/n que le correspondían en concepto de indemnización tras el suceso de la federalización (Provincia de Buenos Aires. Senado, 1885; Palcos, 1934) y, del presupuesto institucional, sólo le fueron asignados 200 pesos m/n mensuales para la adquisición de libros y suscripciones a publicaciones periódicas. La situación mejoró en 1886 cuando le fueron adjudicados 400 pesos m/n mensuales para la compra de bibliografía, pero no dejó de estar en situación de inferioridad en relación al Museo, que pasó a recibir 500 pesos m/n (AHPBA, MG, 1884, Leg. 11, Exp. 1063/0; AHPBA, MG, 1885, Leg. 10, Exp. 695/0; UNLP: 1934). Sumado a ello, se registran varios gastos extraordinarios destinados a la organización e impulso del Museo, que no tuvieron su contrapartida en la Biblioteca Pública. Entre ellos: 365, 45 pesos m/n por servicios extraordinarios que prestaron al Museo trabajadores internos y externos (AHPBA, TCC, 1885, Leg. 2021); unos 11.965, 10 pesos m/n con que se le compraron útiles, mesas, armarios, pedestales y otros muebles (Ministerio de Obras Públicas, 1886) y, además, diversas sumas de dinero (que no pudimos listar con mayor detalle por el mal estado y desorden en que se conservan los archivos) utilizadas en las exploraciones encargadas por Moreno para el enriquecimiento de las colecciones del Museo (AHPBA, TCC, 1886, Leg. 2028). Falta de personal e insuficiencia presupuestaria, las causas que explican –en esencia– el atraso bibliotecario con que cerró la administración de Moreno cuando, en el año 1886, se efectivizó la separación de Museo y Biblioteca Pública ordenándose para cada una un espacio físico, presupuesto y director propios (AHPBA, MOP, 1885, Exp. 407, Arch. 2930).

Consideraciones finales

En relación a la posibilidad –que marcábamos al comienzo– de resignificar el sentido de “biblioteca pública” que se abrió con la fundación de la nueva Biblioteca bonaerense en La Plata, no disponemos en esta ocasión de los elementos de análisis precisos para realizar ninguna afirmación legítima. No hubo materialización de espacio bibliotecario de lectura alguno y por tanto no es posible determinar

con certeza por cuál concepción bibliotecológica se resolvió, a qué publicó atendió ni qué clase de servicios prestó.

En términos discursivos, fue presentada como una prolongación del proyecto bibliotecario que modelaba la Biblioteca Pública de Buenos Aires creada en 1810. Así, en sustancia, su destino fue servir a las necesidades de estudio e investigación del colectivo de intelectuales y académicos encargados de hacer posible la realización de la ciudad ideal y, de esta manera, asumir como cuestión de Estado la postergada conformación de colecciones y de un espacio de sociabilidad específicos para la práctica y el desarrollo de las ciencias, que permitiesen romper con la tradicional dependencia del patrimonio y las colecciones privadas a que este sector estaba sujeto. Sin embargo, también la transformación que supuso el ingreso –hacia fines del siglo XIX– de los sectores populares al campo de la cultura impresa, significó un cambio en las políticas públicas emprendidas por la élite letrada ante lo que consideraban el riesgo de la lectura libre y, con ella, el aumento de la conflictividad social y la amenaza latente contra el porvenir de la flamante Capital. De allí que se estimó conveniente separar una cuidada porción de obras moralizantes e instructivas para conformar una sección de biblioteca popular, que funcionara como espacio de formación sentimental y ciudadana entre un sector social no erudito. En la práctica, no obstante, los criterios que presidieron la incorporación de nuevos volúmenes antepusieron la satisfacción de las necesidades propias a una minoría científica, en tanto no contemplaron a un potencial público popular.

Con todo, el montaje de un espacio bibliotecario implica mucho más que la adquisición de libros, revistas y folletos. Supone determinar un orden para las colecciones y crear instrumentos para acceder a ellas, asignar funciones al personal encargado de su adelanto y sustento, confeccionar nóminas de textos recomendados, seleccionar el mobiliario para el resguardo del fondo y para recibir a los usuarios, disponer un orden material y arreglo estético de las salas, establecer procedimientos y tiempos de trabajo, determinar ritmos de consulta. Ninguna de estas operaciones tuvo lugar bajo la gestión de Francisco Pascacio Moreno: fue preciso aguardar hasta la separación de Museo y Biblioteca para que esta última fuera efectivamente organizada y luego abierta al público. De manera que para comprender cuál fue, en efecto, el rol que cumplió en el proyecto de ciudad científica, se requiere una indagación que recupere su historia desde 1886 en adelante. Procuramos dar curso a ese análisis en un trabajo posterior.

Bibliografía

- Aguado, Amelia (1984). "Historia de la Biblioteca Pública". *Informaciones*, Número especial en conmemoración del centenario de la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata 1884-1984, pp. 3-15.
- (2006). "La Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata a través del tiempo". *Palabra Clave*, Edición Especial, pp. 215-225.
- Barbier, Frédéric (2015). *Historia de las Bibliotecas: De Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires: Ampersand.
- Batticuore, Graciela (2010). "Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso". *El brote de los géneros*. Alejandra Laera dir. Buenos Aires: Emecé, pp. 413-440.
- Batticuore, Graciela y Gallo, Klaus (2013). "Ideas, literatura y opinión pública". De la organización provincial a la federalización de Buenos Aires (1821-1880). Marcelo Ternavasio dir. La Plata: UNIPE-Edhasa, pp. 317-347.
- Bonafina, Javier (2014). *Una sociedad en la bruma de la ciudad fantasma: La Plata 1880-1914* (Tesis de maestría). Universidad Torcuato Di Tella: Ciudad de Buenos Aires.
- Bruno, Paula (2012). "Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico". *PolHis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario de Historia Política* 5/9, pp. 69-91.
- (2018). "Paul Groussac frente a la Biblioteca Nacional de Argentina (1885-1929)". *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: Siglos XIX y XX*. Carlos Aguirre y Ricardo Salvatore eds. Lima: Fondo Editorial, pp. 53-72.
- Buchbinder, Pablo (2018). "Vicente Quesada, la Biblioteca Pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica y sociabilidad de los letrados". *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: Siglos XIX y XX*. Carlos Aguirre y Ricardo Salvatore eds. Lima: Fondo Editorial, pp. 149-166.
- Chartier, Roger (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- (2005 [1988]). *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Darnton, Robert (1993). "Historia de la lectura". *Formas de hacer historia*. Peter Burke ed. Buenos Aires: Alianza, pp. 177-208.
- (1998 [1984]). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2003). *El coloquio de los lectores: ensayo sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2010). *El beso de Lamourette: Reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Farro, Máximo Ezequiel (2008). Historia de las colecciones en el Museo de La Plata, 1884-1906: naturalistas viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del siglo XIX (Tesis doctoral) [en línea]. La Plata: UNLP. FCNyM. <http://naturalis.fcnym.unlp.edu.ar/repositorio/documentos/tesis/tesis_0991.pdf> [consulta 30 de julio de 2019]
- (2009). La formación del Museo de La Plata: Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX. Rosario: Prohistoria.
- González, Horacio (2010). Historia de la Biblioteca Nacional: Estado de una polémica. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González Pérez, Carlos Federico (2012). “Referencias históricas del Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo: Trayectorias necesarias para entender el presente” [en línea]. Aletehia, 3/5. <<http://www.aletehia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-5/pdfs/Gonzalez%20Perez%20.ok.pdf>> [consulta 30 de julio de 2019]
- Graciano, Osvaldo (2013). “El mundo de la cultura y las ideas”. Historia de la Provincia de Buenos Aires: de la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943). Juan M. Palacios dir. Buenos Aires: Edhasa, pp. 153-182.
- Groussac, Paul (1901). Noticia Histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901). Buenos Aires: Coni Hermanos.
- Jafella, Sara Alí (1963). “Pasado y presente de la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata”. Universidad Nueva y ámbitos culturales platenses. UNLP. Departamento de Letras ed. La Plata: UNLP. FaHCE. Departamento de Letras, pp. 129-135.
- Jitrik, Noé (1968). El mundo del 80. Buenos Aires: Editores de América Latina.
- Levene, Ricardo (1934). “El cincuentenario de la fundación de la Biblioteca Pública de La Plata”. Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, XVIII/4, pp. 1-3.
- Llovet, Carlos (1967). “Biblioteca Pública de la Universidad: Historia”. La Plata: Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.
- Palcos, Alberto (1934). “Síntesis sobre la fundación y organización actual de la Biblioteca”. Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, XVIII/4, pp. 5-36.
- Parada, Alejandro (2009). Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de mayo. Buenos Aires: UBA. INIBI.
- (2012). El dédalo y su ovillo: Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina. Buenos Aires: UBA. INIBI.
- Pastormerlo, Sergio (2005). “El nacimiento de un mercado editorial en Buenos Aires, 1880-1890” [en línea]. Orbis Tertius, X/11, pp. 143-158. <<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/viewFile/OTv10n11d02/3870>> [consulta 30 de julio de 2019]

- Planas, Javier (2015). *Libros, lectores y lecturas: constitución, expansión y crisis de las bibliotecas populares en Argentina* (Tesis doctoral) [en línea]. La Plata: UNLP. FaHCE. <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1231/te.1231.pdf>> [consulta 30 de julio de 2019]
- (2017). *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand.
- Planas, Javier y Dorta, Ayelén (2019). “Historia de las bibliotecas e historia del campo bibliotecario en la Argentina (1870-1910): Aspectos metodológicos y conceptuales” [en línea]. *Actas de las V Jornadas de Intercambio y Reflexión acerca de la Investigación en Bibliotecología*. Sandra, Miguel coord. La Plata: UNLP. FaHCE, pp. 237-244. <<https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/131>> [consulta 30 de julio de 2019]
- Prieto, Adolfo (2006 [1988]). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quesada, Vicente (1875). “Biblioteca Pública de Buenos Aires”. *Boletín de las Bibliotecas Populares*, 6, pp. 201-206.
- Radio Universidad de la UNLP (1984). *Biblioteca Pública de la UNLP. Reseña histórica*.
- Riccardi, Alberto Carlos (2009). “F. P. Moreno y su contribución a la educación y la ciencia” [en línea]. Conferencia pronunciada por el Académico Titular Dr. Alberto Carlos Riccardi en oportunidad de su incorporación a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Buenos Aires: s. n. <<http://naturalis.fcnym.unlp.edu.ar/repositorio/documentos/sipcyt/bfa002767.pdf>> [consulta 12 de agosto de 2019].
- Sabato, Hilda (2012). *Historia de la Argentina: 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Sabor Riera, María Ángeles (1974). *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX: Parte 2 - 1852-1910*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste.
- Spregelburd, Roberta Paula (2012). “¿Qué se puede leer en la escuela? El control estatal del texto escolar (1880-1916)”. *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales*. Héctor Ruben Cucuzza y Roberta Paula Spregelburd coords. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editoras del Calderón, pp. 171-214.
- Terán, Oscar (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): Derivas de la ‘cultura científica’*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2004). “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”. *Ideas en el siglo XX latinoamericano*. Oscar Terán coord. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, pp.13-34.
- Vallejo, Gustavo (2007). *Escenarios de la cultura científica argentina: Ciudad y universidad (1882-1995)*. Madrid: CSIC.
- (2015). *Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata*. Rosario: Prohistoria.

Fuentes primarias consultadas

- AHPBA, MG, Año 1884, Legajo N° 11, Expediente N° 1063/0. Museo antropológico. Sobre presupuesto para el establecimiento.
- AHPBA, MG, Año 1884, Legajo N° 12, Expediente N° 1123/1. Archivo Mrio. Gob. Sobre traslación de libros al Museo.
- AHPBA, MG, Año 1884, Legajo N° 12, Expediente N° 11190/0. Moreno, Francisco. Sobre donación de una Bibl.
- AHPBA, MG, Año 1885, Legajo N° 10, Expediente N° 695/0. Museo La Plata-Ad-junta presupuesto para el año 1886.
- AHPBA, MOP, Año 1885, Expediente N° 407, Archivo N° 2930. Renuncia del empleo del Inspector Bibliotecario (iniciador Sarmiento Belín).
- AHPBA, TCC, Año 1885, Legajo N° 2021. Rendición de cuentas del 'Museo La Plata' correspondiente al mes de junio [ilegible].
- AHPBA, TCC, Año 1886, Legajo N° 2028. Honorarios (algunas hojas sueltas).
- Belín Sarmiento, Augusto (1888). Informe y anexos del director de la Biblioteca Pública de La Plata. Memoria presentada á la Honorable Legislatura de la Provincia por el Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet, pp. 236-261.
- Gonnet, Manuel Bernardo (1888). Mensaje y Proyecto de Ley sobre compensación al señor Antonio Zinny por adquisición de libros. Memoria presentada á la honorable Legislatura de la Provincia por el Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet, pp. 48, 49.
- Ministerio de Gobierno (1885). Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Año cuarto-1884. Buenos Aires: Establecimiento tipográfico especial para obras.
- Ministerio de Obras Públicas (1886). Recopilación de decretos, leyes promulgadas, mensajes y proyectos de ley pasados a las honorables cámaras: notas y resoluciones dictadas por el Ministerio de Obras Públicas en los meses de noviembre y diciembre. La Plata: El Día.
- Moreno, Francisco Pascacio (1888). "Museo La Plata: sus progresos durante el primer semestre del año 1888". Memoria presentada a la Honorable Legislatura de la Provincia por el Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet, segunda parte, pp. 3-35.
- Moreno, Francisco Pascacio (1891). "El Museo de La Plata: Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo". Revista del Museo de La Plata, 1890-91, pp. 27-55
- Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados (1885). Diario de Sesiones. La Plata: El Día.
- Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados (1886). Diario de Sesiones. La Plata: El Día.
- Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados (1887). Diario de Sesiones. La Plata: El Día.

Provincia de Buenos Aires. Senado. (1884). Diario de Sesiones. La Plata, Diario La Plata.

Provincia de Buenos Aires. Senado (1885). Diario de Sesiones. La Plata: Diario La Plata.

Salvadores, Antonino (1932). Fundación de la Ciudad de La Plata (documentos éditos e inéditos). La Plata: AHPBA.

Senado de la Provincia de Buenos Aires (1888). Diario de Sesiones. La Plata, Tipografía Buenos Aires.

UNLP (1934). “Informaciones sobre la Biblioteca”. Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, XVIII/4, pp. 380-381.

Abreviaturas empleadas:

AHPBA: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires

MG: Ministerio de Gobierno

TCC: Tribunal de Cuentas y Contaduría

UNLP: Universidad Nacional de La Plata

MOP: Ministerio de Obras Públicas